

La colección *Un libro por centavos*, iniciativa de la Decanatura Cultural, de la Universidad Externado de Colombia, persigue la amplia divulgación de los poetas más reconocidos en el ámbito nacional e internacional y la promoción de los nuevos valores colombianos del género, en ediciones bellas y económicas, que distribuye para sus suscriptores la revista *El Malpensante* y se obsequia en bibliotecas públicas, casas de cultura, colegios, universidades, cárceles y organizaciones gubernamentales.

En este segundo ciclo de la colección, continuaremos con los mismos propósitos e idéntico entusiasmo, en la promoción y divulgación de la poesía colombiana y latinoamericana, con la inclusión de poetas considerados clásicos en diferentes idiomas y países.

Este n.º 109 del poeta colombiano Rafael Maya, es una selección preparada por su hija, también poeta, Cristina Maya para la colección, bajo el título *Poemas escogidos*.



N.º 109

RAFAEL MAYA

Poemas escogidos

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA
DECANATURA CULTURAL

2015

ISBN 978-958-772-239-0

© UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA, 2015
Calle 12 n.º 1-17 este, Bogotá - Colombia
Tel. (57 1) 342 0288
dextensionc@uexternado.edu.co
www.uexternado.edu.co

Primera edición
Febrero de 2015

Imagen de carátula
Rafael Maya, óleo de Daniel Borda, Bogotá, 2014

Diseño de carátula y composición
Departamento de Publicaciones

Impresión y encuadernación
Nomos Impresores

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

Consulte nuestros poemarios publicados
durante 10 años en www.uexternado.edu.co

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA

Juan Carlos Henao
Rector

Miguel Méndez Camacho
Decano Cultural

Clara Mercedes Arango
Coordinadora General

CONTENIDO

La ausente [9], Volver a verte [10], Seremos tristes [12],
Todo pasó [13], Santa tristeza [15], Ojos lejanos [16],
Fatum [17], A la mañana [18], La casa paterna [21],
Yo te llevare a mi valle [22], Olvido [26],
Un día vendrá la muerte [27], Tu [30], Los sueños [31],
Capitán de veinte años [33], Tiempo de luz [38],
La almohada [39], El grillo [40], ¡Oh tiempo! [41],
También [42], Naufragios [43], Soledad [44],
Aquí [45], Azul [46], Prisión [47],
Globo [48], Astros [49], Sueños [50],
Junto a las aguas [51], La espina [52],
Ante el muro [55], Lápices [57], Frente al amanecer [58],
En otro tiempo [61], Inspiración [63]

LA AUSENTE

Sólo tú, sólo tú, yo me decía
después de que te fuiste. Solamente
tú, con tus ojos, con tu bella frente,
con tu suave sonrisa, y sólo mía.

Torné a mirar la estancia, ya vacía,
la luz que tú dejaste, indiferente,
y una como orfandad en el ambiente
que a todos tus recuerdos trascendía.

Más, pasadas las horas, cuando vino
la sombra, entre las cosas inconcretas,
y el pálido horizonte ultramarino,

volviste a aparecer, mucho más viva,
en un suave perfume de violetas
y en la luz de la tarde pensativa.

VOLVER A VERTE

Volver a verte no era solo
un ligero y constante empeño,
sino anudar, dentro del alma,
un hilo roto del ensueño.

Volver a verte era un oscuro
presentimiento que tenía
de hallarte ajena y sin embargo
seguir creyendo que eras mía.

Volver a verte era el milagro
de una dulce convalecencia
cuando todo, al alma desnuda,
vuelve más bello de la ausencia.

Volver a verte, tras la noche
impenetrable del abismo,
era hallar en tus ojos una
imagen vieja de mí mismo.

Y encontrar, en el hondo pasado,
días más bellos y mejores,
como esa carta en cuyos pliegues
se conservan algunas flores.

Volver a verte era mostrarme
la pena que está congelada,
como bruma de tarde hermosa,
en el azul de tu mirada.

Y, ya lo ves, del largo viaje
regreso más puro y más fuerte,
porque dormí toda una noche
en las rodillas de la muerte.

Porque yo miraba en tus ojos
un cielo de cosas pasadas,
como en el agua de las grutas
se ven ciudades encantadas.

Y porque vi tu clara imagen,
entre un nimbo de luz serena,
como jamás, a ojos mortales,
se apareció visión terrena.

Volver a verte era un oscuro
presentimiento que tenía
de hallarte ajena, y sin embargo
seguir creyendo que eras mía.

SEREMOS TRISTES

Oye, seremos tristes, dulce señora mía.
Nadie sabrá el secreto de esta suave tristeza.
Tristes como ese valle que a oscurecerse empieza,
tristes como el crepúsculo de una estación tardía.

Tendrá nuestra tristeza un poco de ufanía
no más, como ese leve carmín de tu belleza,
y juntos lloraremos, sin lágrimas, la alteza
de sueños que matamos estérilmente un día.

Oye, seremos tristes, con la tristeza vaga
de los parques lejanos, de las muertas ciudades,
de los puertos nocturnos cuyo faro se apaga.

Y así, bajo el otoño, tranquilamente unidos,
tú vivirás de nuevo tus viejas vanidades
y yo la gloria póstuma de mis triunfos perdidos.

TODO PASÓ

Todo pasó como la breve sombra
de un ave que atraviesa el firmamento.
Pasó la eternidad en un momento,
y el recuerdo traidor ya no te nombra.

Tan sólo el corazón gime y se asombra
ante la realidad de su tormento:
¡noche oscura, relámpagos y viento,
y un manto de hojas que el sendero alfombra!

Pero hasta ayer, no más, fuiste la vida,
luz del pasado, apoyo del futuro,
timón del alma y venda de la herida.

Hoy pienso en ti, mi bello amor lejano,
cual se recuerda, sobre el lecho duro,
el sueño de una noche de verano.

LA VOZ DEL AGUA

Yo soy el agua azul de la montaña,
nací en un hueco del breñal salvaje
y no llevo ni espumas de coraje
ni al caminante mi cristal engaña.

No me desbordo con rugiente saña
ni a vastos mares enderezo el viaje;
sólo copio los tonos del paisaje
y sólo huertos mi corriente baña.

Y humilde y en silencio, mi destino
es ser buena y cordial; ser agua pura
a través de la hierba del camino.

Correr sin nombre, padecer quebrantos,
y morir una noche en la espesura
como murieron tus mejores cantos.

SANTA TRISTEZA

Santa tristeza de sentirme humano
en medio a la maldad. Noble locura
de ir brindando mi fuente de ternura
como se brinda el agua entre la mano.

Tú, que aquilatas el rencor insano,
¿intentarías tu agresión oscura
si supieses que, a fuerza de amargura,
ya sólo entiendo esta palabra: ¿hermano?

Llevo adentro mil fuentes luminosas
cuyo cristal purísimo no altera
el divino contorno de las cosas.

Puedes venir a mí, grande o pequeño,
yo te daré la imagen verdadera
de tu faz, de tu alma y de tu sueño.

OJOS LEJANOS

Ojos lejanos que en mi afán espero,
ojos que un soplo de tristeza empaña,
sois a mí como el último lucero
sobre el tranquilo azul de una montaña.

No me mirasteis y en silencio os quiero:
dulce desdén que a la ilusión no daña.
He aprendido a vivir por lo que muero,
como a esperar por lo que más me engaña.

¡Hora confidencial de mi tristeza!
Ya, bajo el beso de la helada tarde,
el monte de oro a encanecer empieza.

Y os llamo a la distancia, ojos de llanto
pues cerca de ella me sentí cobarde
para deciros que os amaba tanto.

FATUM

A la orilla del mar, sentado a solas,
sumido en interior recogimiento,
trajo a mi oído el apagado viento
ecos de moribundas barcarolas.

Las estrellas abrían sus corolas
en el profundo azul del firmamento.
Calló el mar, y en mi propio pensamiento
se despertaron las dormidas olas.

¡Y fue la tempestad! Túrbido oleaje
fue sacando a la playa los despojos
de tanta nave que encalló en el viaje.

Vi un cielo funeral, un agua inerte
y una sirena de tranquilos ojos
en la negra escollera de la muerte.

A LA MAÑANA

Gracias te doy por esta
paz que ha venido a mi existencia, luego
de que salí de la nocturna fiesta
donde quedé, por tu venganza, ciego.

Gracias por la tranquila
visión que has dado a mi conciencia en calma,
por la niñez que asoma a mi pupila
y el alto gozo que me exalta el alma.

Gracias por la ligera
piedad con que me muevo entre las cosas,
cual se mueve una mano de hilandera
en medio de las hebras luminosas.

Gracias por el sereno
valle de luz que en mi amor se pierde,
como la hoja párvula del heno
en la clara extensión de un campo verde.

¡Oh angustia! que a mi pecho
viniste en días de cruel trabajo,
mientras la sombra en torno de mi lecho
iba enredando su pesado andrajo.

Descendía una hora
como la gota de agua a la cisterna,
y abrasaba mi frente pecadora
un rojo lampo de la fiebre interna.

La lámpara, que en torno
difundía su tenue escalofrío,
era la fauce cárdena de un horno
nutrido con sarmientos en estío.

Y la mirada familiar y atenta,
bajo la luz de trémulos sonrojos,
pesaba como nube de tormenta
sobre el cansancio de mis pobres ojos.

Prisión amurallada
fuiste ¡Oh noche! Al dejarte yo quería
ver la luna otoñal, grande y dorada,
sentir de nuevo la amplitud del día.

Hoy, al salir al mundo,
después del doloroso cautiverio,
vivo con un ensueño más profundo
y un sentido más grave del misterio.

Presiento relaciones
ocultas, oigo músicas no oídas
y recibo secretas vibraciones
de otra tierra, otro cielo y otras vidas.

Mi corazón aloja
todo el contento del vivir humano,
tal como lleva la pequeña hoja,
en su verde color, todo el verano.

¡Oh amor! tu mano pura
también llamó tras la pasión funesta,
y está abierta a la luz mi vida oscura
como una alcoba azul para una fiesta.

Nada, nada ambiciono
sino este don benéfico, alcanzado
a cambio de la gloria, que perdono,
y de mi propio nombre, que he olvidado.

Seráfica mañana,
vaso de gracia en que la luz se encierra,
recibe mi oración que es hoy hermana
del júbilo infinito de la tierra.

LA CASA PATERNA

Viejo ciprés en el solar aún medra
dando asilo a los pájaros cantores.
Junto al alto brocal nacen las flores
y hay una cruz que a la tormenta arredra.

Una vara juncal guía la hiedra
a través de los anchos corredores,
y enlazando los arcos vencedores
muestra sus armas el blasón de piedra.

Entre paños ilustres y sillares
prolongan el pasado, sobre el muro,
los antiguos espejos familiares.

Y en un rincón, desde la tela incierta,
ceñido el manto de crespón oscuro,
asoma el rostro de la madre muerta.

YO TE LLEVARE A MI VALLE

Yo te llevaré a mi valle
Musa del hielo y del pinar,
pequeña hermana de los osos
y de la aurora boreal.

Yo te llevaré a mi valle
desde la gruta de cristal
donde arrulló tu largo invierno
el viejo lobo paternal.

Yo te llevaré a mi valle
que ya se empieza a despertar
como un infante entre las gasas
de la neblina matinal.

Verás la clara primavera
sobre los campos retocar
con oro suave y nácar diáfano
su leve manto floreal.

Verás la luz que se detiene,
como un pastor a descansar
cuando la flauta va dejando
la colina crepuscular.

Yo te llevaré a mi valle
para que escuches, en la paz
de los collados, la plegaria
de la campana angelical.
¡Está mi valle tan distante!
Ya han empezado a recortar
para el establo alegres mozas,
el heno tibio y maternal.
Regresará la fiel carreta
con el lucero y un cantar
en que haya aroma de las breñas
y hondo susurro del trigal.
Será la vida alegre y clara
y junto al pozo familiar,
cual hace un año las parejas
habrán llegado a platicar.
El humo azul de los cortijos
irá trazando su espiral,
mientras la tarde se despide
como una nave sobre el mar.
Yo te llevaré a mi valle
Musa del hielo y del pinar,
pequeña hermana de los osos
y de la aurora boreal.

CALLAR

Hemos hablado tanto
en esta tarde loca,
bajo el cielo de fiesta
y entre el manso ruido de las hojas,
que tengo el alma seca
como un ánfora rota,
vacío el pensamiento
y afiebrada la boca.
Dejadme, pues, que calle.
Dejad que, gota a gota,
me llene nuevamente de misterio
como de un agua honda.
Dejad que me penetre
la claridad remota
del cielo en donde está, para mis ojos,
la estrella silenciosa
del recuerdo. Dejadme.
Ya se acerca la hora de
callar. Vuela el ángel de la noche
en torno de las cosas,
y el cielo es como una
caverna milagrosa
donde acabara de morir un santo.

Mañana, en el instante en que se dora
la campiña naciente,
cual la faz de una virgen ruborosa,
os diré la palabra
de la noche, la obra
maravillosa del silencio en mi alma.
Y volveréis a la edad creadora
y al milagro del mundo.
Pero dejad que calle porque es hora
de entrar, desnudo, entre la noche santa.

OLVIDO

Al fin me has olvidado. ¡Qué suave y hondo olvido!
Tras el incierto límite de nuestro oscuro ayer
la estrella que miramos los dos ha descendido
como una dulce lágrima que se rompe al caer.

Y así de tu regazo me alejo entristecido,
cual uno que abandona su campo sin querer,
mirando que tus ojos, como el cristal herido,
prolongan la agonía de un vago atardecer.

¡Al fin me has olvidado! Recónditas congojas:
en medio del crepúsculo qua anubla un vuelo de hojas
callad, para que pueda pasar esta mujer.

Y escucharé más tarde, bajo la noche ciega,
posarse el pie enlutado de la que siempre llega
sobre los rastros de esa que nunca ha volver.

UN DÍA VENDRÁ LA MUERTE

Un día vendrá la muerte
no sé de donde. Yo estaré dormido
y ella dirá: no quiero que despierte.
Y, pisando sin ruido,
como una madre que se acerca al lecho
del hijo enfermo, cerrará mis ojos
y cruzará mis manos sobre el pecho.
Y vendrán a llamarme.
¡Levántate que es hora
de que comience tu labor! Apresta
ya el corazón a recibir la aurora,
pues cada día nuevo es una fiesta.
¿No escuchas en la casa,
en medio del doméstico alborozo,
el trajín mañanero
que sube el agua del oscuro pozo
y busca el pan para la mesa escasa?
¡Cuánta gente sencilla
que se afana por ti, que pone toda
su alma en que luzca la feliz vajilla
como si fuera el día de tu boda!
¡Y tú duermes! ¡Levanta!

No enturbies más los ojos
en la noche que engendra las visiones
del pecado. Levántate y de hinojos
musita las antiguas oraciones
que aprendiste a la luz de la pantalla
familiar. Sal al mundo que te espera
con la gracia evangélica del campo
y la luz infantil de una colina
por cuyas rutas, apagando estrellas,
desciende la mañana campesina.
Déja la estrecha estancia
donde sufres la sorda calentura
del deseo. Tu infancia
no ha muerto, y todavía
puedes hallar la original fragancia
que tuvo toda cosa el primer día.
¿A qué, bajo la lámpara,
inquieta tu protervo pensamiento
—negro licor en ánfora de arcilla—
si afuera todo nos lo explica el viento
como en una parábola sencilla?
Es fuerza que ya calle
tu voz, y que la paz baje a tu alma
como el toque del ángelus a un valle
Y no contestaré.

Ya por la tarde,
cuando tornan los bueyes con la incierta
luz, y cunden los humos solariegos,
me llevarán al cementerio aldeano
donde duermen los rústicos labriegos
bajo la sombra fiel de un pino anciano.

TU

Eres una canción. Aire ligero
cernido entre las flores y los nidos.
Duermen, bajo tus pies, campos floridos,
y es tu melena un río verdadero.

Comienza en ti mi vida. Eres mi enero
que asoma en horizontes presentidos;
mi comarca de ríos conocidos,
mi alta constelación de marinero.

Por mis manos te vas como una brisa;
envuelves un jardín en un suspiro,
y se abren mariposas en tu risa.

Eres la sombra toda, eres la lumbre,
y yo, elevando el corazón, te aspiro
como al viento que viene de una cumbre.

LOS SUEÑOS

Claros sueños nacidos de la bruma terrestre
que subís, en las horas del silencio nocturno,
hasta el rostro velado de los hombres, ya quietos
tras la cálida angustia de un lejano crepúsculo.

¡Oh! venid a mis sienes, rodead mi almohada
agitando las alas en el ámbito oscuro,
y proteged mi lecho, esa fúnebre urna
donde late mi triste corazón insepulto.

¡Oh sueños! yo os conozco, y entre ricas guirnaldas
vuestros rostros de niños pensativos descubro,
y percibo en el hálito de vuestros frescos labios
como un perfume libre de jardines ocultos.

Llebadme con vosotros a la mansión aérea
que erige su áurea cúpula en el éter desnudo,
más allá de la tierra que amortaja su sueño
en la caduca pompa de un otoño difunto.

Llebadme adonde se abre, como un follaje de oro,
el húmedo relente del claro plenilunio,
en cuya luz discurren las vírgenes celestes
con un lirio de plata en los dedos ebúrneos.

Llebadme adonde vive la luz, esa doncella
de sien florida, torso fértil, senos desnudos,
que vierte de sus manos, bajo la flor del alba,
el rocío que alivia las entrañas del mundo.

Claros sueños nacidos de la bruma terrestre
que subís, en las horas del silencio nocturno,
hasta el rostro velado de los hombres, ya quietos
tras la cálida angustia de un lejano crepúsculo.

Refrescadme las sienes, aligerad la noche
que trastorna mi oído con su lenguaje absurdo,
en tanto que en la sombra, como en una cisterna,
caer la negra gota de las horas escucho.

Y haced que me levante ágil, contento, libre,
agitando en la luz, con el brazo robusto,
la bandera del día, como el Dios resurrexo
después de haber hendido la losa del sepulcro.

CAPITÁN DE VEINTE AÑOS

Capitán de veinte años,
recién salido del gimnasio
donde la línea de las barras y de las cuerdas
impone sobre el alboroto de los árboles
su limpia geometría al aire libre.

Capitán de veinte años,
virgen como el acero,
y ágil como el viento que mide el campo
pisando sobre los tallos donde se columpia la luz.
Llévame en tu nave ligera,
en la menuda armazón de lienzo y de mimbres
que posa sobre la tierra dando saltos
como las garzas cuando huyen a lo largo del río.

Llévame en tu nave ligera,
¡oh, Capitán!

Vástago de una raza nacida
de las cenizas del mundo, y del cadáver
de todos los dioses sacrificados por el hombre.
Tu alma florece en la pulpa de tus labios
roja y carnal como el sexo de la nueva alegría.

Tu conciencia es un tejido orgánico
labrado con tu sangre como el pétalo de las flores.
Tienes la fe en el músculo,
y transportas las montañas con un solo grito salvaje.

Capitán de veinte años
llévame en tu nave ligera.

Imberbe Noé de la edad de hierro,
fabricaste tu barca no con maderas incorruptibles,
sino con un poco de aire y de fuego,
y la echaste al espacio, confiado
en el equilibrio de todas las fuerzas sagradas.
Y he aquí que tu nave se mece
del mismo hilo que sostiene los astros.

Desnudo estás de tus vestiduras mortales,
¡oh, Capitán!

Cubre tu cuerpo de ártico ropaje
que destila aceite como la piel de las bestias marinas
y –símbolo de tu fidelidad a las alturas–
del sordo casquete que te oprime la cabeza
se desprenden dos orejas de galgo.

Capitán de veinte años,
llévame en tu nave ligera.

Como se remontan los pájaros
con el solo equipaje de sus plumas, y llevando una hoja
con la última rama en que se posaron,
así vas a las rutas aéreas
con tu cuerpo alargado en el ímpetu del arranque,
y un último reflejo del verdor terrestre
en tus ojos estrangulados ya por la furia del viento
que te arrebatara en su torbellino como a los dioses
¡Oh, Capitán!

Ni el flanco de las naves
pintadas con los colores de la esperanza o de la ira
por los alegres obreros del agua;
ni las caderas de una mujer ejercitada en el salto
mejor que en las lides del amor antiguo;
ni los ijares de los felinos en celo;
ni la curva de los horizontes celestes,
nada iguala a tu divina máquina provista
de su múltiple corazón resonante,
ávido de la gloria del cielo
y conquistador impetuoso de las zonas azules.

Capitán de veinte años,
llévame en tu nave ligera.

Volaremos por la mañana
como las primeras voces de los hombres.
Mi corazón, prisionero de la tierra
igual que las raíces de los árboles,
batirá sobre mi vida con más fragor que tu hélice,
¡oh, Capitán!
recibiendo las convulsiones metálicas de tu nave flotante
como recibió las primeras palabras de amor, en la
noche extinta,
bajo la vibración de los luceros románticos
o en la bermeja alegría de los soles que maduran la
hierba.

Sí, volaremos por la mañana
purificados en la luz que renueva la conciencia del
mundo,
y sólo una nubecilla del mísero polvo originario
dará testimonio de nuestro rapto celeste,
ante los caminos de la tierra
y ante las montañas distantes.
Y habremos entrado en la vorágine azul, en el éter
que nos traspasará como la luz a las nubes.

Y ya no habrá ni tiempo ni límite
para nuestra alegría, y todas las cosas
serán conocidas en su unidad desde el reino del sol.

Y tal vez... (Oh Capitán, sólo mi madre, sólo ella,
pudo entrever esta esperanza bajo la fidelidad de la
lumbre
que aclaraba conjuntamente sus manos y mi sueño)
tal vez caigamos en el mar como la luz de todas las
tardes,
roto el último cielo que alcanzó la hélice divina,
conocido el último espacio a donde penetró la
audacia de fuego,
violado con el ruido de las alas mecánicas
el cósmico silencio en que se mueven los formas
que son puras, bienaventuradas y eternas.

Capitán de veinte años
llévame en tu nave ligera.

TIEMPO DE LUZ

Tiempo de luz, pero de luz soñada,
distinta de esta claridad terrena
que los abismos del espacio llena
y enciende, en cada espiga, su alborada.

Tiempo de luz, pero de luz velada
al mortal que, en la bóveda serena,
descifra el signo de su larga pena,
al nacer de los siglos decretada.

Tiempo de luz, pero de luz divina,
cuajada en horizontes interiores
y que otros bellos mundos ilumina.

¡Oh luz de eternidad! bien diferente
de esta luz que es hermana de las flores,
porque sabe morir tan dulcemente.

LA ALMOHADA

Ceniza por el suelo amontonada
donde tiembla el rescoldo de mi vida;
nube que, a la tiniebla sometida,
se hace trono de luz en la alborada.

Pedestal de la escala inacabada
por donde baja el sueño hasta la vida;
ala sobre el torrente suspendida,
témpano de la noche constelada.

Eso eres, almohada confidente,
que me preparas para el otro sueño
cuajando nieve en torno de mi frente.

Que al final, contra el cielo iluminado,
veré del mundo el último diseño
en tu albo encaje a mi mudez pegado.

EL GRILLO

Volvéis, estrellas del fragante estío,
a alumbrar estos viejos corredores,
donde sombras de antiguos moradores
discurren con cansado señorío.

Este es el patio de esplendor sombrío
de donde huyó la corte de las flores,
y estos los ya callados surtidores
que poblaban de arpas el vacío.

Un grillo, nuevo huésped de la hiedra,
canta las ruinas del hogar desierto
tomando posesión de cada piedra.

Y ante la luz del firmamento, escasa,
voy por los corredores como un muerto
a disputarle a ese cantor mi casa.

¡OH TIEMPO!

¡Oh tiempo! ¡oh tiempo!, el corazón te siente
pero no te percibe mi sentido.
debajo de mis pies corres sin ruido,
pero golpeas con furor mi frente.

¿Avanza o retrocede tu corriente?
¿Vas al recuerdo? ¿Corres al olvido?
Te quiero retener, mas ya te has ido,
quiero olvidarle, pero estás presente.

Hundir eternidades es tu gloria.
Tu soplo mata. Tu virtud inventa.
Fábula eres a la par que historia.

Tu paso entre los astros se desliza,
y del cielo y la tierra nos das cuenta
escribiendo con polvo y con ceniza.

TAMBIÉN

Yo también, alma mía,
como si fueras un sutil diamante,
te doy, con el martillo de las horas,
y saltas en fragmentos.

Cada leve partícula refleja
la luz de mi pasado,
el leve parpadeo de un recuerdo,
la sombra de mis noches.

Oh! fatiga sin término,
la de reconstruirme,
no en la vasta unidad del gran espejo,
sino en millones de cristales rotos.

NAUFRAGIOS

Hay un naufragio, a cada instante,
en nuestras almas.

Sin borbotar de oscura espuma,
sin alboroto de las olas bravas,
ruedan al fondo, silenciosos,
grandes navíos, leves barcas.

¡Oh gran abismo generoso!

¡Oh ingratas, sordas, grises playas!

SOLEDAD

Nos van dejando las cosas
que al prolongarse, se quiebran,
y otras, las más, desaparecen
a la mitad del camino.

Unas pasan como sombras
al punto, en el aire mismo,
como vapor mañanero
que se condensa en la hierba.

Nos van dejando las cosas
como huéspedes ingratos
que entran, miran, curiosean,
apartan aquí un espejo,
corren allá una cortina,
vacilan en las alcobas,
dudan en los corredores,
y al fin, como los fantasmas,
ganan la calle y se pierden.

Nos van dejando las cosas
y el alma, deshabitada,
ni a la soledad se amolda,
ni se acostumbra al silencio.

Hasta que al fin, tras la fuga
diaria de todas las cosas,
llena con ecos perdidos
su soledad enemiga.

AQUÍ

Ciudad glacial, engendradora de fantasmas,
que sacudes con torpe mano soñolienta,
las flojas, lentas sabanas
de tus neblinas. Circo de perennes nubes
que combaten, como bestias pesadas,
en un solemne simulacro de fiestas mitológicas.
Nido de tempestades vagas
que parecen rumor de mundos abortados
en cosmogónicos intentos de creación. Frustrada
sinfonía de truenos
acompaña tus tardes caliginosas y tus mañanas
grises, en que parece que retornas al caos.
Altos cerros, escarpadas murallas,
te cercan. Un sol miedoso, como soldado sin escudo,
luchando contra el cielo cansadamente las escala,
y comienza a lanzar, sobre tus muros de tierra,
su inútil profusión de flechas congeladas.
Vieja ciudad, donde solamente las torres
emergen, ceñidas de su humedad cuaternaria,
para convocar a los fantasmas del hielo
al són ahogado de los plañideras campanas.
Eres el lugar preferido
para las desolaciones de mi alma,
la fría explanada para conversar con mis muertos,
el yermo para comunicarme con mis estrellas apagadas.

AZUL

Este azul de las noches de verano
tan hondamente azul, llanto provoca.
Sombras eternas la memoria invoca
y el alma lucha con la muerte en vano.

Tiene este azul tanto dolor humano
que al alma en trance de orfandad coloca.
Ese esplendor, que en la locura toca,
se afirma con hastío soberano.

Es un acto divino de belleza
todo ese azul, fundido en desconsuelo
como un hondo tormento de belleza.

Y es que, exaltado en su silencio mismo,
junta a la clara cercanía del cielo
una tremenda soledad de abismo.

PRISIÓN

Yo grito contra este muro
y el muro calla al momento.

Yo grito contra la bóveda,
pero respuesta no encuentro.

Y hallo vacío insondable
cuando grito contra el suelo.

Más que la prisión continua
esta mudez me da miedo.

Ni los hierros son más duros
ay! que este callar eterno.

Y la oscuridad es leve
frente a la muerte del eco.

¡Mi prisión es verdadera
sólo por este silencio!

GLOBO

Entre la noche y el día,
por el éter de las horas
mi frágil verso vacila.

Son los dos polos que atraen
constantemente el ligero
globo de mi poesía.

De modo análogo, sufren
mi corazón y la tierra
esas dos fuerzas distintas.

ASTROS

Estuve toda la noche
enumerando los astros.

Me sobró la fantasía
pero me faltó el espacio.

Entonces, dentro del alma,
seguí los astros contando.

SUEÑOS

¡Ay! ni yo mismo he creído
en mis sueños,
pero los sueños han sido
la ocupación de mi vida.

Sólo que los he tenido
durante el día, despierto,
no cuando estaba dormido.
Y ahora advierto
que el sueño fue ¡quién creyera!
mi realidad. Mundo cierto.

JUNTO A LAS AGUAS

Aquí, junto a las aguas,
pienso en mi vida inmóvil,
y en la actitud del alma sedentaria,
frente a las mismas cosas.
Cruzan el cielo puro nubes vagas
que, en el espejo líquido,
huyen, también, como inflamadas barcas.
Mi cabeza vacila.
Comienza a entrar en movimiento el alma.
A poco rato el universo entero
es una fuga rauda,
y este mi viejo corazón impulsa
con fuerza loca la gigante máquina.

LA ESPINA

De todo cuanto he sido:
del hombre universal que he ambicionado
realizar, vanamente, prolongando
hacia los cuatro lados de la vida
todas las ramas de mi ser, y, a veces,
dando, en sólo una flor, toda la fuerza,
y toda la virtud en un perfume.

De todo cuanto he sido:
del rey ilusionado
–corona de papel, cetro de caña–
que he fingido encarnar, entre las gentes,
sin otro reino que la dura piedra
donde he puesto los pies, ni otro ejercicio
que el callado y constante de las lágrimas;
del mendigo azaroso
que otras veces he sido, recatando
entre guiñapos, la perfecta gloria
de haber robado mi caudal de estrellas
en alta noche y en cualquier arroyo;

De todo cuanto he sido:
del constructor de nubes,

del fabricante de palacios de humo
que en el desierto alzó torres y cúpulas,
y ha llenado la selva de balcones;
del que sacó las bestias mitológicas
de la dorada cárcel de la fábula
para hacerlas danzar en el tablado;
del bufón y del príncipe
que he sabido llevar, bajo mi capa,
para sorpresa del pesado vulgo;

De todo cuanto he sido:
del viajero que lleva los caminos
y ríos de la tierra, paralelos
al curso de sus venas, y del manso
observador de los tizones rojos
que calientan la cara del invierno,
y descongelan, en el libro amigo,
la perezosa flor de la metáfora.

De todo cuanto he sido:
del ambiguo flautista
que amenizó los inmortales diálogos
de otro tiempo, y del músico ruidoso
que restalla sus cobres en la plaza
para que se encabriten los corceles;

del cantor gemebundo
que hace pasar la luna por las cuerdas
de su instrumento, en el perdido barrio,
y del loco que grita
su razón contra el cielo, y se golpea
imaginariamente con los astros;

De todo cuanto he sido
no conservo ni el hábito, ni el cetro,
ni el anillo, ni el látigo,
ni la canción siquiera,
ni ese ligero rastro de ceniza
que deja todo ser, si arde o si muere,
ni una letra, perdida en una página,
ni una palabra en el espacio errante,
ni un grito entre la noche. ¡Nada! ¡nada!

De todo cuanto he sido
me queda únicamente,
larga, inflexible y empapada en sangre,
esta bárbara espina,
única realidad que sustentaba
la apariencia de todos mis disfraces.

ANTE EL MURO

Cuan ancho, luminoso, extraordinario,
mucho más que marina perspectiva,
o que vago horizonte del desierto,
hace años, te abrías a mis ojos
muro de la existencia, limitado
por cuatro grandes soles, en el día,
y por cuatro luceros, en la noche.
Yo iba a pintar allí, con mano libre,
un arco iris que abarcaba el mundo
y una vía láctea que partiera el cielo,
una gran nube para mi esperanza
y un barco inmenso para mis conquistas.
Pero a medida que llegaba al muro
se iba estrechando el ambicioso espacio,
y del iris, del barco y de la nube
solo cabían un extremo roto,
un largo fleco retorcido al viento,
y un remo inútil en la seca arena.
Hoy, a muy pocos pasos de aquél muro.
—Deshecha en breve la ilusión del aire—
sólo encuentro lugar para unos símbolos
y una fecha, entre un círculo de sombra.

La nube era ilusión de la distancia,
y el arco era fantasma del abismo,
y la nave era sueño de la espuma,
y la vía-láctea proyección de estrellas
que sólo tenían vida en mis pupilas.
La verdad, la verdad era aquel círculo,
y esa cruz, y esas palmas y esa fecha.

LÁPICES

Estos lápices tienen
una rara virtud.
con ellos siempre he escrito
esta palabra: “Tú”.

En los momentos de mi cólera
y, más celoso de la luz
que te besaba, usé del rojo
para escribir temblando: “Tú”.

En los días de tu ternura,
siempre tuve a mano el azul
para escribir, tal como un niño,
aún en las paredes: “Tú”.

Para el hastío estaba listo
el lápiz gris. Junto a una cruz,
gráfica imagen de tu ausencia,
estampaba un doliente: “Tú”.

Pero fue siempre el negro, el lápiz negro
el arma de mi juventud
frente a tu amor. Con él ¿recuerdas?
escribí casi siempre: “Tú”.

FRENTE AL AMANECER

Las cinco dieron ya de la mañana,
y estoy frente a los montes que se curvan
cerrando, por completo, el horizonte.
Hay una leve insinuación de lumbre,
algo muy semejante a la ternura
naciente, o al recuerdo que se aleja.
Es una especie de embeleso místico
que no es la beatitud, sino, tan solo,
cándido anuncio de piedad humana.
Tal es el cielo en esta hora pura
en que el perdón solemne de la noche
borra todas las culpas de la tierra.

Y ante esa claridad tan inminente
yo me digo, temblando de presagios:
¿Cumpliráse, hoy también, esta promesa
de la luz? Este pacto sacrosanto
de alumbrar cada día el escenario
terrestre, ¿tendrá fin esta mañana?
¿Y si estuviese decretada, hoy mismo,
la oscuridad? ¿Si el sol no concurriese
puntualmente a la cita, retrasado
en una de las vías siderales?
Y esta inquietud, entre pueril y trágica,
me absorbe, mientras miro el horizonte

apenas entreabierto, como un párpado
en el placer. Pero de pronto empieza,
en láctea languidez, el natalicio
del nuevo día, y súbita plegaria
por conquistar el descubierta cielo
se anticipa a la luz. Yo continúo:
vuelves, oh sol, con tu divina dádiva,
siempre gratuita, a iluminar el mundo,
no obstante la dolosa indiferencia
del hombre, ante el milagro cotidiano,
y la torpeza de los seres creados
por obra de esa luz, que desconocen
en su virtud, lo mismo que en su origen.
Pero tú, claro sol, más generoso
que nadie, porque entregas tu riqueza
mejor como perdón que como gracia,
cumplés tu cita de perfecto amante,
sin contar con traición ni con desvío,
más allá de la ausencia y de la muerte.
Que, por lo menos, hoy, para tu gloria,
no muera ningún niño, y que las flores
se yergan sin temor a las tijeras
ni a la aplastante rueda de los carros.
Que las aguas no sean repartidas
por extraña región, como mujeres
esclavas, y que sigan su camino

en busca de algún huerto, o de la piedra
que muele, sin fatiga, el pan aldeano.
Que se acerquen los pájaros, sin miedo de nadie,
a la ventana de las novias
y que alguno recoja sus migajas
sobre el mantel del comedor abierto.
Que no se apague un solo hogar, y canten
amas y siervas, por detrás del humo,
la bendición de la cosecha próxima,
y la tranquilidad de la comarca,
no amenazada de conquista o guerra.
Que llame la campana por tres veces
al día, recordando que, otras tantas,
ratifican su alianza cielo y tierra,
cambiando agua de lluvia por plegarias.
Y que no anuncie su tañido muerte
ni incendio, sino bodas campesinas,
o bien la orden de dejar la torre
impartida de pronto a las palomas.
Que el celoso lebrel ladre a la luna
únicamente, y no a la extraña sombra
que vigila el balcón de la doncella.
En fin, y que por hoy, por hoy tan sólo,
ni una gota de sangre caiga y manche
la tierra, destinada al sacrificio
tan sólo de la uva y de la espiga.

EN OTRO TIEMPO

Serenidad, serenidad, decía
en otro tiempo,
cuando era, ante mis ojos, un traslucido
y cariñoso espejo
este gran espectáculo
del turbado universo.
Entonces recogía yo la rosa
y el tranquilo lucero
bogando en la desnuda transparencia
de esos cristales trémulos.
Y el sacro aliento de la luz henchía
la burbuja del verso,
e iba la propia tempestad en alas
del minúsculo insecto.
Serenidad, serenidad, decía...
Ahora es otro mi acento.
Ruda conflagración en todas partes
-adentro, afuera-, encuentro,
y en el orbe, lo mismo que en el átomo,
el rostro del misterio.
Consigo mismo la creación combate,
y el polvo de los muertos
de la ruina universal confirma
el oculto decreto.

Contra el ser se conjuran,
en la tierra y el mar, aires maléficó,
por más que la existencia,
haciendo alarde del vital esfuerzo,
en cada herida del inmenso árbol
injerte un brote nuevo.
Y el espíritu asiste
a este drama tremendo,
con la piedad de un ángel que se inclina
sin voz, sobre el infierno.
Serenidad, serenidad, decía...
pero, ahora, es lo cierto,
el día llega con angustia insólita,
y la noche con miedo.

INSPIRACIÓN

Yo sé cuando te acercas,
mensajera de Dios, hálito eterno
anunciación poética.
No es cuando llenas mi cerebro en fiebre
de imágenes perfectas
que, en la rosada atmósfera del canto,
viven su primavera
como hijas de la luz; ni es cuando lanzas
una dorada flecha
a que despierte el corazón dormido
sobre la dura piedra
del dolor; ni en la hora en que, triunfante,
la voluntad despierta
capaz de conquistar, con solo un grito,
la creación entera.
Ni es cuando corre por mi cuerpo sangre
de las divinas bestias,
y haces que sea semejante en todo
a la naturaleza.
Ni cuando elevas mis potencias sumas
a la última esfera,
y adivina el espíritu una vasta
respiración de estrellas.

Yo sé que no es entonces cuando vienes,
anunciación poética,
sino cuando, desnudo en la infinita
sorda, humana miseria,
tiemblo, sin discernir mi propio miedo,
como la rama seca
que el huracán presiente al primer soplo
de la brisa ligera.

RAFAEL MAYA

Poeta y crítico literario colombiano, nacido en Popayán en 1897 y fallecido en Bogotá en 1980. Perteneció a la llamada Generación de Los Nuevos, movimiento fundado hacia 1925, que pretendía superar los cánones estéticos de la escuela modernista y de la Generación del Centenario. Maya fue pionero del verso libre en Colombia y como crítico e historiador de nuestra literatura, descubrió y divulgó a grandes escritores. Como educador formó varias generaciones en diferentes universidades y centros educativos del país. Su labor infatigable, en este sentido, hizo que se destacara como una de las figuras más prominentes del siglo xx en Colombia. Fue embajador ante la Unesco en París y miembro de Número de la Academia Colombiana de la Lengua y de la Historia, entre otras. Fue condecorado en repetidas oportunidades. Ganador en 1972 del Premio Nacional de Poesía. Contrajo matrimonio con Nelly Gallego Norris, de cuya unión hubo tres hijos: Clara, Cristina y Ricardo.

Obra en prosa: *El rincón de las imágenes* 1927. *Alabanzas del hombre y de la tierra* tomo I, 1934; tomo II, 1941. *Consideraciones críticas sobre la literatura colombiana* 1944. *Los tres mundos de Don Quijote y otros ensayos* 1952. *La musa romántica en Colombia* 1954. *Los orígenes del modernismo en Colombia* 1961. *Estampas de ayer y retratos de hoy* 1968. *De perfil y de frente* 1975. *Escritos literarios* 1968. *Letras y letrados* 1975.

Obra poética: *La vida en la sombra* 1920-1925. *Coros del mediodía* 1925-1930. *Después del silencio* 1930-1935. *Final de romances y otras canciones* 1935-1940. *Tiempo de luz* 1940-1945. *Navegación nocturna* 1955. *La tierra poseída* 1965. *El retablo del sacrificio y de la gloria* 1966. *El tiempo recobrado* 1974.

COLECCIÓN UN LIBRO POR CENTAVOS

1. *Postal de viaje*, Luz Mary Giraldo
2. *Puerto calcinado*, Andrea Cote
3. *Antología personal*, Fernando Charry Lara
4. *Amantes y Si mañana despierto*, Jorge Gaitán Durán
5. *Los poemas de la ofensa*, Jaime Jaramillo Escobar
6. *Antología*, María Mercedes Carranza
7. *Morada al sur*, Aurelio Arturo
8. *Ciudadano de la noche*, Juan Manuel Roca
9. *Antología*, Eduardo Cote Lamus
10. *Orillas como mares*, Martha L. Canfield
11. *Antología poética*, José Asunción Silva
12. *El presente recordado*, Álvaro Rodríguez Torres
13. *Antología*, León de Greiff
14. *Baladas – Pequeña Antología*, Mario Rivero
15. *Antología*, Jorge Isaacs
16. *Antología*, Héctor Rojas Herazo
17. *Palabras escuchadas en un café de barrio*, Rafael del Castillo
18. *Las cenizas del día*, David Bonells Rovira
19. *Botella papel*, Ramón Cote Baraibar
20. *Nadie en casa*, Piedad Bonnett
21. *Álbum de los adioses*, Federico Díaz-Granados
22. *Antología poética*, Luis Vidales
23. *Luz en lo alto*, Juan Felipe Robledo
24. *El ojo de Circe*, Lucía Estrada
25. *Libreta de apuntes*, Gustavo Adolfo Garcés
26. *Santa Librada College and other poems*, Jotamario Arbeláez
27. *País íntimo. Selección*, Hernán Vargascarreño
28. *Una sonrisa en la oscuridad*, William Ospina
29. *Poesía en sí misma*, Lauren Mendiñeta
30. *Alguien pasa. Antología*, Meira Delmar
31. *Los ausentes y otros poemas. Antología*, Eugenio Montejo
32. *Signos y espejismos*, Renata Durán
33. *Aquí estuve y no fue un sueño*, John Jairo Junieles
34. *Un jardín para Milena. Antología mínima*, Omar Ortiz
35. *Al pie de la letra. Antología*, John Galán Casanova
36. *Todo lo que era mío*, Maruja Vieira
37. *La visita que no pasó del jardín. Poemas*, Elkin Restrepo
38. *Jamás tantos muertos y otros poemas*, Nicolás Suescún
39. *De la dificultad para atrapar una mosca*, Rómulo Bustos Aguirre

40. *Voces del tiempo y otros poemas*, Tallulah Flores
41. *Evangelio del viento. Antología*, Gustavo Tatis Guerra
42. *La tierra es nuestro reino. Antología*, Luis Fernando Afanador
43. *Quiero escribir, pero me sale espuma. Antología*, César Vallejo
44. *Música callada*, Jorge Cadavid
45. *¿Qué hago con este fusil?*, Luis Carlos López
46. *El árbol digital y otros poemas*, Armando Romero
47. *Fe de erratas. Antología*, José Manuel Arango
48. *La esbelta sombra*, Santiago Mutis Durán
49. *Tambor de Jadeo*, Jorge Boccanera
50. *Por arte de palabras*, Luz Helena Cordero Villamizar
51. *Los poetas mienten*, Juan Gustavo Cobo Borda
52. *Suma del tiempo. Selección de poemas*, Pedro A. Estrada
53. *Poemas reunidos*, Miguel Iriarte
54. *Música para sordos*, Rafael Courtoisie
55. *Un día maíz*, Mery Yolanda Sánchez
56. *Breviario de Santana*, Fernando Herrera Gómez
57. *Poeta de vecindario*, John Fitzgerald Torres
58. *El sol es la única semilla*, Gonzalo Rojas
59. *La frontera del reino*, Amparo Villamizar Corso
60. *Paraíso precario*, María Clemencia Sánchez
61. *Quiero apenas una canción*, Giovanni Quessep
62. *Como quien entierra un tesoro. Poemas escogidos*, Orlando Gallo Isaza
63. *Las contadas palabras. Antología*, Óscar Hernández
64. *Yo persigo una forma*, Rubén Darío
65. *En lo alto del instante*, Armando Orozco Tovar
66. *La fiesta perpetua. Selección*, José Luis Díaz-Granados
67. *Amazonia y otros poemas*, Juan Carlos Galeano
68. *Resplandor del abismo*, Orietta Lozano
69. *Morada de tu canto*, Gonzalo Mallarino Flórez
70. *Lenguaje de maderas talladas*, María Clara Ospina Hernández
71. *Tierra de promisión*, José Eustasio Rivera
72. *Mirándola dormir y otros poemas*, Homero Aridjis
73. *Herederos del canto circular*, Fredy Chikangana, Vito Apúshana, Hugo Jamióy
74. *La noche casi aurora*, Eduardo Gómez
75. *Nada es mayor. Antología*, Arturo Camacho Ramírez
76. *Canción de la vida profunda. Antología*, Porfirio Barba Jacob
77. *Los días del paraíso*, Augusto Pinilla
78. *Una palabra brilla en mitad de la noche*, Catalina González Restrepo

79. *El tiempo que me escribe. Antología*, Affonso Romano de Sant'Anna
80. *Poemas infantiles y otros poemas*, Rafael Pombo
81. *Trazo en sesgo la noche*, Luisa Fernanda Trujillo Amaya
82. *Reposo del Guerrero*, Eduardo Langagne
83. *Todo nos llega tarde*, Julio Flórez
84. *El pastor nocturno*, Felipe García Quintero
85. *Piel de naufrago*, Xavier Oquendo Troncoso
86. *Yo me pregunto si la noche lenta*, Juan Pablo Roa Delgado
87. *Soledad llena de humo*, Juan Carlos Bayona Vargas
88. *Antes de despertar*, Víctor López Rache
89. *Péndulo de arena*, Carlos Fajardo Fajardo
90. *¿Dónde quedó lo que yo anduve?*, Marco Antonio Campos
91. *Somos las horas. Antología poética*, Abelardo Leal
92. *Dos patrias tengo yo*, José Martí
93. *Visibles ademanes. Antología*, Eugenia Sánchez Nieto (Yuyin)
94. *Los días son dioses*, Robinson Quintero Ossa
95. *Oscura música*, Amparo Osorio
96. *Como acabados de salir del diluvio*, Horacio Benavides
97. *Como se inclina la hierba*, Manuel Iván Urbina Santafé
98. *En la memoria me confundo*, Claramercedes Arango M.
99. *Poemas para leer en el bus*, Rubén Darío Lotero
100. *Memoria del olvido*, Manuel Mejía Vallejo
101. *Vivo sin vivir en mí*, San Juan de la Cruz
102. *Soledades. Antología*, Antonio Machado
103. *La risa del saxo y otros poemas*, Fernando Linero
104. *Poesías*, Guillermo Valencia
105. *Me duele una mujer en todo el cuerpo I*, Antología femenina
106. *Me duele una mujer en todo el cuerpo II*, Antología femenina
107. *¿Cómo era, Dios mío, cómo era?*, Juan Ramón Jiménez
108. *Mordedura de tiempo*, María Ángeles Pérez López
109. *Poemas escogidos*, Rafael Maya



Editado por
el Departamento de Publicaciones
de la Universidad Externado de Colombia
en febrero de 2015

Se compuso en caracteres
Sabon de 10,5 puntos
y se imprimió
sobre papel bulky de 60 gramos,
con un tiraje de
8.000 ejemplares.
Bogotá, Colombia

Post tenebras spero lucem

